

FELIPE BENÍTEZ REYES

**PREGÓN de la XXXVI feria
del LIBRO ANTIGUO
y de OCASIÓN**

2 0 1 3
s
e
v
i
l
l
a

LIBRERÍAS DE VIEJO las hay de todo tipo: lujosas y polvorientas, caóticas y ordenadas, esplendorosas y decepcionantes. Todas, sin embargo, tienen algo en común: un aura de anacronismo, de almacén de objetos caducos, de depósito de pecios. Casi todo lo que entra allí lo hace por la puerta falsa, como una mercancía ligeramente clandestina. Cada libro que desemboca allí lo hace con su historia de naufrago.

Las librerías de viejo son el derrumbadero de los presentes sucesivos, de las notoriedades volanderas y de los prestigios más o menos inmarcables, de los grandes éxitos que acaban en grandes olvidos y de los fracasos en vida que el paso del tiempo puede transformar en inmortalidad, o al menos en un simulacro de inmortalidad, lo que para el caso viene a ser casi lo mismo, ya que es posible que la inmortalidad no sea al fin y al cabo otra cosa que una fugacidad impostada.

Te encuentras en ellas libros que no valen nada como objetos, generalmente mareados por el uso, con el lomo descascarillado, a veces con pátina de mugre, y libros encuadernados en piel, con lujo de tejuelos, can-

toneras y filigranas de oro en el canto. Hay libros muy bien vestidos, pero inertes por dentro, como si fuesen marionetas en desuso: manuales obsoletos, encendidos sermones de devoción, novelas que ya no tienen nada que contar, poemas desvanecidos en el fluir del tiempo... Hay libros de apariencia humilde que esconden en cambio un tesoro. Es un negocio raro: lo que no vale nada por sí mismo puede valer mucho.

Hacia 1985 escribí, aquí en Sevilla, en un tiempo en que solía curiosear en los catálogos de las librerías de viejo, repletos por lo general de hojarasca, este poema un tanto melodramático:

CATÁLOGO DE LIBROS RAROS,
AGOTADOS Y CURIOSOS

*¿Quiénes son estos tipos de apellidos sonoros?
¿De qué tratan sus libros, y quién se fija en ellos?
Eruditos locales o duques ilustrados,
¿para qué tanto afán?*

*Las artes literarias
tienen mala memoria, y humillan cuanto pueden
al paso de los años, y pisan la letra muerta.
Fatigosas historias y tratados caducos,
sermones o alabanzas de linajes
¿para qué?
Es desdeñoso el arte literario.*

*Ahora miro estos nombres: son espectros sombríos.
¿Quién leerá estos títulos?, y están a bajo precio.*

*Si se piensa, cuántas horas
de entregada labor, y cuánta altiva
conciencia de escribir para un futuro
que fue una nube turbia.*

*La vanidad, ¿qué es eso?
Todos nos perderemos
en el fuego sin llamas del tiempo silencioso.
Todos los libros llevan
un estigma de olvido. Hay una voz en ellos
que enmudece y declina.*

*Cualquier vida es mal cambio, verdaderamente,
por unas pobres páginas.*

El ojeo de las librerías de viejo requiere su tiempo, ya que se trata de una búsqueda abstracta: uno no suele acudir a ellas para rastrear un título concreto, sino para ver qué sale. Para rebuscar. A la espera de lo inesperado.

Todo bibliófilo tiene en mente su desiderata, por supuesto, su lista de anhelos y de necesidades innecesarias y a la vez imprescindibles, pero siempre acaba siendo víctima de deseos imprevistos cuando se pone a curiosear en las baldas o en los rimeros, ya que se trata menos de una búsqueda con brújula que de una exploración al albur. Uno sabe lo que querría encontrar, y lo sabe con la misma precisión con que sabe que no va a encontrarlo. Ese es el misterio que llevan a cuentas los clientes de las librerías de viejo: van allí no para encon-

trar lo que quisieran encontrar, sino con la esperanza de que les salga al paso lo que no estaban buscando. Si se piensa, no deja de ser una de las variantes más esotéricas y extravagantes del consumo: entrar en un comercio no para comprar lo que necesitas, sino para comprar lo que un minuto antes ni siquiera sospechabas que necesitarías.

Los libros son objetos errantes que pasan de mano en mano, y su deriva es imprevisible. La gran biblioteca de un erudito, reunida a lo largo de toda una vida de ansias y desvelos y gestiones dificultosas, puede acabar repartida, por los intereses o desintereses de sus herederos, en los tenderetes de un mercadillo, entre revistas más o menos pornográficas y novelitas del Lejano Oeste, entre restos de cuberterías y herramientas oxidadas.

Los libros se compran, se venden y se revenden, y se vuelven a revender, y se vuelven a comprar, y se leen, y se olvidan, y se releen, porque tienen una vida larga, a pesar de ser tan frágiles: unos utensilios de papel que sobreviven a las humedades y a la carcoma, a la polilla y al manoseo, a los subrayados y a los dobleces, por no hablar de los que sobreviven con heroísmo a las hogueras ideológicas y al celo de los censores en los países con mala suerte.

Entra uno en una librería de viejo y suele salir desengañado: lo bueno está caro, y además es escaso, y lo barato suele ser malo, de modo que también sale caro, al no valer ni lo que pesa. Pero eso forma parte de la

trama: la búsqueda de cualquier cosa tiene el precio potencial de la decepción, a menos que comprendamos que la emoción de la búsqueda está en la búsqueda misma, no en el hallazgo. Como en la vida.

Los bibliófilos son aficionados a contar batallas victoriosas: aquel que encontró en una librería un lote de libros dedicados a Fulano, aquel otro que compró por tres pesetas una edición inencontrable de Mengano, aquel que compró al peso un lote de libros entre los que resultó haber una primera edición, con dedicatoria, de... Y así. Las epopeyas. Nadie cuenta las horas de tedio, las horas y horas de búsqueda inútil, las horas y horas mirando estanterías para salir con lo mismo con lo que entró, aunque con las manos sucias y la chaqueta un poco polvorienta, porque hay librerías que parecen vertederos. El bibliófilo sólo cuenta las horas dichas, y hace bien, ya que todo explorador está obligado a ser optimista.

Pasas por una calle de cualquier ciudad y ves de pronto una portezuela, un pequeño escaparate con unos cuantos libros. Y entras. «Buenas tardes. ¿Puedo ayudarle en algo?», te pregunta el librero. Pero no, no puede ayudarte, porque tus ilusiones son privadas y difíciles: encontrar aquello que no buscas.

Mi historia con los libros viejos tiene, como casi todas las historias, un arranque casual. El primer libro viejo que recuerdo haber comprado no lo encontré en una librería, sino en el tapete del mercadillo dominical que antes se montaba en Cádiz alrededor de los

muros de la plaza de abastos. Fue en 1980. Allí, entre figuritas de porcelana de Ceuta, entre radios de válvulas, entre programas de mano de películas y entre otras baratijas medio roñosas y medio desportilladas, había cuatro o cinco libros. Recuerdo que uno era de Mika Waltari y otro de Darío Fernández Flórez. Compré uno de un autor que no me sonaba en absoluto: Jules Laforgue. Lo compré porque era de poesía. Se titulaba *Las lamentaciones*. Estaba traducido por Rafael Lasso de la Vega y editado por la Editorial América en su Biblioteca de Autores Célebres, aunque a mí el alcance de la celebridad de aquel Jules Laforgue se me escapaba por completo. Los poemas me resultaron de una rareza muy artificiosa, cualidad muy valorada por cualquier aprendiz de poeta.

Aquel libro detonó en mí una afición no sé si peligrosa, pero sí desde luego laboriosa: hacerme con una biblioteca de libros insólitos. Y hacerme con ella desde la ignorancia de la literatura insólita. Dando palos de ciego en un recinto infinito y a oscuras, digamos. Y, además, por si faltase algo, con una economía de estudiante, que me daba para una oferta gastronómica limitada a tres establecimientos: el bar de la facultad, un restaurante castizo de la calle San José, frente al oratorio de San Felipe Neri, y un restaurante chino de la calle Cervantes, que tenían en común la circunstancia filantrópica de ofrecer un menú a 75 pesetas. A favor de mi biblioteca de libros insólitos, hice, en fin, lo que pude, que no fue mucho. Compraba alguna cosa en

un zaquizamí que había en la plaza de La Candelaria, donde lo fácil era encontrar libros sobre ovnis y revistas de destape. Cualquier libro barato que me resultara raro o curioso —aunque lo más raro y curioso fuese al fin y al cabo que alguien lo comprara— lo compraba yo, convertido en una especie de bibliófilo de bagatelas.

Desde adolescente, me había interesado por las artes tipográficas, hasta el punto de entretener el futuro de montar una imprenta para editar libros a la manera de Manuel Altolaguirre o del venerable Bernabé Fernández-Canivell, a quien había conocido en Málaga a través de Rafael León, adicto también a los encantamientos de los tipos móviles y a la textura de los papeles verjurados. Como deriva más o menos lógica de ese interés, acabé comprando libros que sólo me importaban por su tipografía, no por su contenido, que podía estar en la otra punta de mis aficiones: desde un misal compuesto en tipos bodoni, por ejemplo, a un tratado dieciochesco de equitación, pasando por un *Compendio de la historia de España* salido del taller de Joaquín Ibarra, de quien yo desconocía por entonces su prestigio.

En el año 1981 me vine a vivir a Sevilla, y aquí el campo de la búsqueda se me amplió. Recuerdo que mi hermano pequeño —que acababa de empezar los estudios de Bellas Artes en la calle Laraña, justo enfrente de la librería Padilla, que, con ser de nuevo, tenía un fondo excelente, con muchos títulos descatalogados—

llegó a nuestro piso de estudiante, a los dos o tres días de convertirnos en sevillanos adoptivos, con una noticia inmejorable: había visto en el escaparate de una tienda de souvenirs de la calle Mateos Gago varios libros antiguos de Alberti, de Cernuda, de Aleixandre, de Neruda... Como es natural, salí escopetado hacia aquella tienda de souvenirs de orientación comercial tan ecléctica, convencido de que los libros los venderían allí, por despiste, al mismo precio que una figurita de flamenca.

Al fondo de aquella tienda había varios estantes. Yo había aprendido un principio básico: que los estantes de libros tienen un color que delata si el género es de valor o de baratura. Y aquellos estantes tenían muy buen color. Los libros resultaron estar marcados a un precio que me hubiera exigido atracar la farmacia que había un poco más arriba de la calle para comprar alguno. Salí de allí no sólo decepcionado, sino también extrañado de que un libro pudiese ser tan carísimo.

No hay misterio que no acabe teniendo su desvelamiento, y el misterio de los libros selectos de la tienda de souvenirs se me desveló al poco: aquel negocio era propiedad de los padres de Abelardo Linares, que tenía una pequeña librería —una covachuela en realidad— en la calle Rodrigo Caro. La tienda de souvenirs era, en realidad, una prolongación de aquel negocio en miniatura, donde apenas cabrían cuatro o cinco centenares de libros, aunque casi todos escogidos y más o menos principales. Alguna vez entraba allí y salía con lo que

entraba. O no exactamente, ya que salía en realidad con el añadido de la pena del aprendiz pobre de bibliófilo, imaginando la emoción que depararía el hecho de convertirse en propietario de una primera edición del *Romancero gitano* o de *Como quien espera el alba*.

Por las tardes, salía a conocer la ciudad, a asombrarme de su caserío, a perderme en el dédalo del barrio de Santa Cruz o a adentrarme en la zona solanesca de la Alameda y sus alrededores. En esos paseos iba topándome con librerías de viejo en que lo más viejo solía ser el propietario. También con alguna que otra chamarilería en la que había una punta de libros por debajo del concepto de lo desechable y con algún tabuco parecido al de la plaza de La Candelaria de Cádiz, con sus cúmulos de revistas más o menos porno y algunos libros del Círculo de Lectores, de la colección Reno y de la colección Austral. En eso distraía yo, en fin, casi todas las tardes, haciendo una ronda cíclica, a la espera de que el género fuese renovándose, cosa que ocurría con la frecuencia aproximada de los milagros, pues a veces tenía uno la impresión de que en aquellos negocios no salía ni entraba mercancía alguna, de que eran tapaderas de otros negocios más raros y clandestinos. A pesar de esa inmovilidad de tipo zen del género, la verdad es que iba encontrando cosas que estaban bastante bien, como por ejemplo varias primeras ediciones de simbolistas franceses, con espectaculares encuadernaciones de época, que compré a 1.000 pesetas la unidad, supongo que porque la librería cal-

culó que una partida de libros extranjeros, y además de poesía, tendría una salida mala. Pagué únicamente la encuadernación —y, aun así, a precio de saldo—, no los versos de Heredia o de Samain.

El paso del tiempo, tan aficionado a restar, aunque también sepa a veces mostrarse generoso, me trajo amigos sevillanos. Entre ellos, el ya referido Abelardo Linares, el dueño de la covachuela de la calle Rodrigo Caro, con sucursal desconcertante en la tienda de souvenirs. Abelardo se mudó, para dar alivio a los muchos libros que tenía almacenados, a un local espacioso de la calle Mateos Gago, y aquello acabó convirtiéndose en un punto de encuentro de algunos poetas —yo entre ellos— que iban allí a curiosear y a entretener a Abelardo de sus tareas comerciales en beneficio de las conversaciones divagatorias en torno a entelequias relacionadas con la poesía o con la música británica y norteamericana de los 70, que era otra de las aficiones medulares de aquel joven librero que se pateaba las españas y las américas para proveerse. Allí trabajó durante un tiempo Juan Lamillar, que desarrolló por cierto una habilidad que mezclaba lo propiamente circense con la pasión intelectual: comoquiera que Juan era más un poeta de cuerda meditativa y un lector de talante humanístico que un mancebo vocacional de librería, no era infrecuente verlo encaramado a una escalera, ordenando en teoría el género en las baldas más altas, aunque en la práctica leyendo, o al menos ojeando, los libros que tenía encomendado ordenar, y

en aquellas alturas podía pasarse las horas si se daba el caso de que el libro le atrapaba la atención, circunstancia que, visto lo visto, se daba con frecuencia. Ramón Gómez de la Serna, que dio una conferencia encaramado a un trapezio, le hubiese copiado sin duda el número, que era de gran mérito y espectacularidad, tanto por lo asombroso como por lo arriesgado.

Yo no podía comprar los libros que estaban a la venta en la librería Renacimiento, que así se llamaba —al igual que la editorial que Abelardo acababa de inaugurar—, salvo los provenientes de saldos, a pesar de que Abelardo hacía a los amigos descuentos que negaban los principios básicos de cualquier código mercantil, pero, gracias a su generosidad, pude disponer del fondo de la que era la mejor y más surtida librería de viejo de España en cuanto a literatura moderna, la que estimaba el precio de los libros con arreglo al valor de sus autores, así fuesen ilustres ignorados, hasta el punto de que sus catálogos se convirtieron en la guía sacrosanta que orientaba a los libreros de todo el país a la hora de marcar, ya que Abelardo no era tanto un comerciante de libros raros como un lector incesante de libros raros, valedor de escritores desconocidos para casi todo el mundo, salvo para él, que se tenía todo leído y ponderado. Abelardo Linares no sólo me prestaba los libros, sino que además me recomendaba lecturas: «Léete esto», y me tendía un libro de, no sé, Chaves Nogales o de Fernando Fortún. «¿No has leído a Chesterton?», y al momento ya estaba yo leyendo a

Chesterton. «Tienes que leer a Julio Camba», y yo leía a Julio Camba. «¿Conoces a Bacarisse?» Porque la librería Renacimiento no fue tanto para mí un comercio como el templo del oráculo. Allí se iniciaron muchas de mis devociones literarias perdurables, y creo que lo que he escrito sería distinto, en fin, si no hubiese dispuesto, en aquel momento decisivo de mi formación, de los libros y de las recomendaciones de aquel librero de aficiones múltiples, con menos vocación de comerciante que de gurú literario. El latín, la gramática histórica y ese tipo de materias del saber iban por su cauce, pero, en asuntos de literatura, mi verdadera universidad no fue la que tenía sede en la antigua Fábrica de Tabacos, sino la librería Renacimiento, donde Abelardo ocupaba una cátedra tan anómala como ferviente.

Al cabo de los años, Abelardo Linares compró la librería neoyorquina de Eliseo Torres, donde, a ojo de buen cubero, que es un tipo de ojo tendente al espejismo, podría estimarse que se almacenaba un millón de libros en español. La casualidad quiso que lo acompañara en su primera visita a aquella librería. En la expedición iba también el poeta Francisco Brines, aquejado incurable del mal del coleccionismo de libros.

Aquella librería se alejaba bastante del concepto convencional de librería, ya que se asemejaba más a unos grandes almacenes fantasmagóricos donde un propietario quijotesco hubiese desplazado las mercancías restantes para rellenar todo de libros. Creo que

aquello había sido antes una fábrica de bombillas, lo que sin duda le hubiese servido a Herman Melville para escribir una historia de ambiente similar, y de similar simbolismo, a la de *Bartleby*: la luz artificial que dan las bombillas y la luz artificiosa que emana de los libros, o qué sé yo, porque el asunto de las simetrías simbólicas suele ser bastante particular. Nada más entrar allí, en aquella librería que estaba en un Bronx de ambiente inquietante y cinematográfico, a Abelardo se le iluminó la cara, aunque no con la luz de las bombillas, sino más bien con la luz de la patología, esa patología gozosa del buscador perpetuo de tesoros imaginarios que de pronto se encuentra con su tesoro inimaginable.

Eliseo Torres, el propietario, vendía los libros a regañadientes, supongo que porque consideraba, por esas espirales extrañísimas que traza a veces nuestro pensamiento, que aquello no era tanto una librería como su biblioteca privada. Ante las pilas de libros que íbamos apartando, el librero Torres refunfuñaba: «Se están pasando ustedes». Como saben, Abelardo, a la muerte de aquel vendedor de libros al que le dolía vender libros, acabó comprando el negocio.

Durante años, lo primero que hacía yo cuando llegaba a una ciudad era visitar las librerías de viejo que previamente tenía localizadas con la exactitud de un cartógrafo. Encontré algunas cosas muy buenas de por sí y otras muchas que valían poco a efectos de bibliofilia estricta, pero que me servían para ir trazando el plano

de ese laberinto secreto de la historia de la literatura, con sus segundones y tercerones de valía anómala, o meramente pintorescos, o incluso desconcertantes, o chirriantes dentro del sistema, con su pequeñez de anécdota que no inaugura nada y que no culmina nada, pero con su aporte específico de marginalidad con respecto a los cánones. Autores de segunda, de tercera o de cuarta, sepultados por las grandes figuras y por la necesidad de depuración y de simplificación de los planes de estudio y de los estudiosos en general, pero con su carácter, con su arte desmañado o con sus artesanías voluntariosas, con sus cumbres modestas y con sus simas profundas. Recuerdo la intensidad respetuosa con que leía a mis veinte años a los poetas menores del Modernismo, por ejemplo, y cómo aquellas lecturas fueron modulándome el oído con más efectividad que cualquier manual de métrica y versificación. Encontrar a veinte duros en una librería —una librería que no fuese Renacimiento, claro está— un libro de Villaespesa o de Gutiérrez Nájera, por ejemplo, convertía en festivo el día rutinariamente lectivo de un estudiante de Filología que escribía poemas sobre jardines abandonados o sobre playas invernales y que especulaba en torno al alcance misterioso de las metáforas o sobre los correlatos objetivos, tras haber leído los ensayos de T. S. Eliot. Encontrar una edición insignificante, en una mala traducción, de los poemas de Rodenbach, pongamos por caso, podía ser la justificación gozosa el día. Encontrar un libro del pobre Sal-

vador Rueda o del afanoso duque de Amalfi entraba dentro de la categoría de las emociones inefables.

Aquel afán de búsqueda me duró varios años, y creo que puedo presumir de haber alcanzado ese grado en que la bibliofilia se escora a la pura patología, esa patología que vi en la expresión de Abelardo Linares cuando cruzó el umbral de la librería asombrosa de Eliseo Torres.

Cuando me fui a vivir a Rota, tuve que renunciar a mis afanes con respecto a los libros viejos, que sólo revivía cuando salía de viaje. Ser bibliófilo en un pueblo sin librerías de viejo —y con una sola de nuevo— no resultaba prudente, ya que tal vez no haya cosa peor que el ansia imposible de satisfacer, y además nunca me gustó comprar por catálogo, ya que pensaba que me perdía lo mejor de la tarea: el ojeo, el hojeo en vivo, el tacto de los libros, la apreciación de su estado, la valoración de la valoración, la duda ante si comprarlo o dejarlo correr, la duda incluso —a veces— de si lo tenía o no. Me corregí, en definitiva. Una corrección forzada por la realidad, ya que en el pueblo me sentía, qué sé yo, como un coleccionista de cerámica japonesa que viviese en Marruecos. Envidiaba a Andrés Trapiello y a Juan Manuel Bonet, que cada domingo, antes de clarear, salían de vacío para el Rastro madrileño y volvían cargados no sólo de libros, sino de cosas casi impensables. Envidiaba a Luis García Montero y a Chus Visor, que viajaban mucho a países americanos y regresaban de allí con maletas supletorias. Envidiaba a Juan Bo-

nilla, que ya iba conformando su biblioteca de autores raros entre los raros. A Abelardo no podía envidiarlo, ya que hubiese sido algo similar al hecho de ser cantero en el antiguo Egipto y envidiar a los faraones.

Por poco taoísta que sea uno, siempre está bien liberarse de esclavitudes espirituales, y yo me liberé, en fin, de la de la bibliofilia, que tantos desasosiegos añade al alma de por sí desasosegada de la mayoría de la gente, incluida la que está convencida de no tener alma. Eso sí, hoy, al cabo de los años, no puedo pasar por delante de una librería de viejo sin ceder a la tentación de echar allí el rato, aunque ya sin el componente distorsionante de la ansiedad. Y es que la bibliofilia es como el tabaco: nunca se deja del todo aunque lo dejemos del todo.

Hoy el rastreo de libros ha cambiado mucho. Internet pone a nuestra disposición, de manera instantánea, el fondo de casi cualquier librería del mundo. Sin movernos de casa, podemos comprar un libro canadiense en Irlanda o un libro de Yeats en Canadá, un libro de César Vallejo en Buenos Aires o uno de Leopoldo Lugones en Lima. Y eso está bien, por supuesto, ya que la necesidad de posesión exige verse satisfecha de la manera que sea, y cuanto antes mejor, así se trate de una necesidad de posesión práctica —ese libro que necesitamos urgentemente para algo en concreto— o meramente suntuaria —ese libro que necesitamos urgentemente para nada en concreto. Los precios, además, se han globalizado, pues los libreros equiparan el

marcado de un libro con los de sus colegas más avisados o perspicaces, lo que ha acabado con la posibilidad de la ganga en beneficio de una variante peculiar del concepto de «comercio justo», cosa que desde luego está muy bien.

De todas formas, y cedo a la blandura de una nostalgia previsible, echa uno de menos aquella época en que las librerías de viejo solían ser un caos prometededor, un apeadero de libros errantes, unos comercios de aspecto mustio de los que uno solía salir con lo mismo con lo que entraba y tan mustio por dentro como el comercio en cuestión por fuera. Aquel tiempo en que uno llegaba a una librería con la ilusión no ya de encontrar algo, sino con la ilusión descabellada de encontrar todo, porque todo era posible que le saliera a uno al paso, aunque lo de veras posible era que no le saliese nada, absolutamente nada.

Cruzar el umbral de un comercio de género imprevisible, en definitiva, para reforzar esa paradoja casi có-

mica que guía al buscador de libros viejos: no

encontrar jamás lo que buscas y

encontrar de vez en cuando

lo que jamás se te hubiera

occurrido

buscar



ESTE PREGÓN, DEL QUE
SE HAN HECHO 300 EJEM-
PLARES, SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL DÍA 21 DE NO-
VIEMBRE DE 2013 EN SEVI-
LLA. CON ÉL LOS LIBREROS
DE VIEJO DE LA CIUDAD
QUIEREN HOMENAJEAR LA
MEMORIA DE LA LIBRERA
MERCEDES RIVAS, MAESTRA
Y COMPAÑERA



